



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 11 de junio de 1989

1. Al regreso de mi peregrinación apostólica a los países de la Europa septentrional, sobre la cual hablaré próximamente para exponer algunas consideraciones, os pido desde ahora que deis gracias a Dios conmigo por lo que me ha sido dado realizar de acuerdo con la misión pastoral que se me ha encomendado.

Hoy deseo completar con vosotros la reflexión sobre los *dones del Espíritu Santo*. El último, en orden de enumeración de estos dones, es *el don del temor de Dios*.

La Sagrada Escritura afirma que "Principio del saber, es el temor de Yahveh" (*Sal 110/111, 10; Pr 1, 7*). ¿Pero de qué temor se trata? No ciertamente de ese "miedo de Dios" que impulsa a evitar pensar o recordarse de Él, como de algo o de alguno que turba e inquieta. Este fue el estado de ánimo que, según la Biblia, impulsó a nuestros progenitores, después del pecado, a "ocultarse de la vista de Yahveh Dios por entre los árboles del jardín" (*Gn 3, 8*); éste fue también el sentimiento del siervo infiel y malvado de la parábola evangélica, que escondió bajo tierra el talento recibido (cf. *Mt 25, 18. 26*).

Pero este concepto del temor-miedo no es el verdadero concepto de temor-don del Espíritu. Aquí se trata de algo mucho más noble y sublime; es el sentimiento sincero y trémulo que el hombre experimenta frente a la *tremenda majestad* de Dios, especialmente cuando reflexiona sobre las propias infidelidades y sobre el peligro de ser "encontrado falto de peso" (*Dn 5, 27*) en el juicio eterno, del que nadie puede escapar. El creyente se presenta y se pone ante Dios con el "espíritu contrito" y con el "corazón humillado" (cf. *Sal 50/51, 19*), sabiendo bien que debe atender a la propia salvación "con temor y temblor" (*Fip 2, 12*). Sin embargo, esto no significa miedo irracional, sino sentido de responsabilidad y de fidelidad a su ley.

2. El Espíritu Santo asume todo este conjunto y lo eleva *con el don del temor de Dios*.

Ciertamente ello no excluye *la trepidación* que nace de la conciencia de las culpas cometidas y de la perspectiva del castigo divino, la suaviza con la fe en a misericordia divina y con la certeza de la solicitud paterna de Dios que quiere la salvación eterna de todos. Sin embargo, con este don, el Espíritu Santo infunde en el alma sobre todo el *temor filial*, que es un sentimiento arraigado en el amor de Dios: el alma se preocupa entonces de no disgustar a Dios, amado como Padre, de no ofenderlo en nada, de "permanecer" y crecer en la caridad (cf. *Jn 15, 4-7*).

3. De este santo y justo temor, conjugado en el alma con el amor a Dios, depende toda la práctica de las virtudes cristianas, y especialmente de la humildad, de la templanza, de la castidad, de la mortificación de los sentidos. Recordemos la exhortación del Apóstol Pablo a sus cristianos: "Queridos míos, purifiquémonos de toda mancha de la carne y del espíritu, consumando la santificación *en el temor de Dios*" (*2 Co 7, 1*).

Es una advertencia para todos nosotros que, a veces, con tanta facilidad transgredimos la ley de Dios, ignorando o desafiando sus castigos. Invoquemos al Espíritu Santo a fin de que infunda largamente el don del santo temor de Dios en los hombres de nuestro tiempo. Invoquémoslo por intercesión de Aquella que, al anuncio del mensaje celeste "se conturbó" (*Lc 1, 29*) y, aun trepidante por la inaudita responsabilidad que se le confiaba, supo pronunciar el "fiat" de la fe, de la obediencia y del amor.